

The Library

of the

Universi

PQ6217

.T44

vol. 19

no. 1-12

Endr

7

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

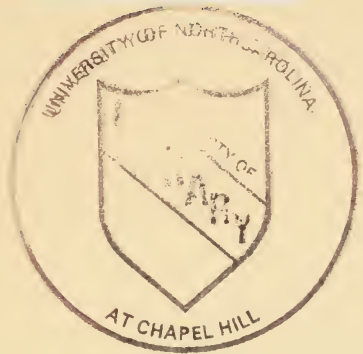
PQ6217
.T44
vol. 19
no. 1-12

SF
BUO

PQ6217
.T44
vol. 19
no. 1-12



a 00002 33994 5



EKS
IVE
at on

7347

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



LA MORAL DE ARRABALES

PASO DE COMEDIA



MADRID

1921 6

LA MORAL DE ARRABALES

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

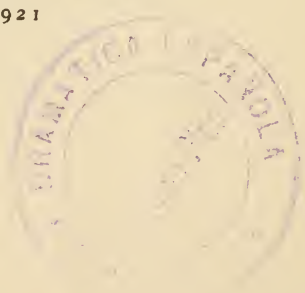
Copyright, 1921, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA MORAL DE ARRABALES

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro de Lara
el 21 de Marzo de 1921



MADRID
1921

A P E P E G A R R I D O

Acepta, en nueva prenda de nuestra buena y antigua amistad, la dedicatoria de este paso de tu predilección, y recibe con ella la promesa de ofrecerte algún día una comedia como «La mala hierba», que te guste a ti y no le guste a don Polión de la Gama y Gil del Ojo, Barón de la Cuesta Abajo.

SERAFÍN y JOAQUÍN

R E P A R T O

PERSONAJES

ACTORES

BLANQUITA.....	CARMEN JIMÉNEZ.
DAMIANA.....	LEOCADIA ALBA.
DON POLIÓN.....	RICARDO SIMÓ-RASO.





LA MORAL DE ARRABALES

La escena es en Arrabales, ciudad de Castilla, en una sala de la casa solariega del señor don Polión de la Gama y Gil del Ojo, barón de la Cuesta Abajo. Una puerta a la derecha del actor y otra al foro. Muebles con fundas. En las paredes, dos o tres retratos de amojamados ascendientes de don Polión. Es de día.

Damiana, vieja ama de llaves de don Polión, que gruñe más que habla, lee un periódico de la localidad.

DAMIANA. ¡Andal! ¡Se lo tiene bien merecido la jueza! Por... ¡por haber ido en cueros al baile del Casinó! ¡Porque iba en cueros! Yo la vi. Este papel no se paga con oro. *Leyendo.* «Teatro». ¡Oígal! ¡A ver qué ponel! «Pronto *debutará* en nuestro Principal, como ya anunciamos, la notable compañía de la encantadora actriz Banquita Revuelta, cuyo repertorio, no obstante, es harto discutible». *Acoge la noticia con un gruñido.* «Y nosotros, defensores constantes de la moralidad de las costumbres y del decoro público—¡vaya si está bien puesto!—nos permitimos dirigir una pregunta a todos y a nadie: ¿Se va a consentir en la culta Arrabales la representación de esa nefanda obra que se titula «La mala hierba»? Tienen la palabra para respondernos todos nuestros conciudadanos; pero no queremos dejar de aludir con este motivo a la persona que, por su alto prestigio litera-

rio y por su intachable conducta, se ha distinguido siempre en Arrabales como árbitro de estas delicadas cuestiones». ¡Mi señorito! ¡Ya pondrá él los puntos sobre las haches, ya! «Hemos nombrado, sin nombrarlo, a don Polión de la Gama». ¿No lo dije? «En sus manos está la resolución de este pleito de «La mala hierba», objeto hoy día de todas las conversaciones y causa de la turbación de todas las conciencias honradas». Pero ¡qué bien lo explica! ¿Y que el herejote del otro papel le llame «Mantequilla» al que escribe esto? ¡Vamos! «La mala hierba» es obra de tal índole...

Dentro, en la puerta de la derecha, pregunta Blanquita Revuelta:

BLANQUITA. ¿Se puede pasar?

DAMIANA. *Sorprendida.* ¿Quién? Adelante.

Pasa Blanquita, mujer graciosa, linda y picaresca. Viene de tiros largos. Sabe que va a librar una batalla y no ha dejado armas con que vencer.

BLANQUITA. Buenos días.

DAMIANA. Buenos días. ¿Quién le ha abierto a usted?

BLANQUITA. Un criado. ¿Don Polión de la Gama?

DAMIANA. Aquí vive.

BLANQUITA. Ya lo sé, ya.

DAMIANA. ¿Qué desea?

BLANQUITA. Verlo.

DAMIANA. ¿Verlo?

BLANQUITA. Sí, señora; verlo. Hágame el favor de entregarle esta tarjetita.

DAMIANA. ¿La conoce a usted?

BLANQUITA. De oídas, es posible.

DAMIANA. Si no es más que de oídas, me temo que no la va a recibir.

BLANQUITA. ¿Por qué?

DAMIANA. Porque el señor no acostumbra a re-

cibir señoras... de oídas. ¿Y usted a él, lo conoce?

BLANQUITA. De oídas también, como usted comprende.

DAMIANA. Pudiera usted haberlo visto alguna vez.

BLANQUITA. No he tenido ese gusto.

DAMIANA. Bueno está. Vamos a llevarle la tarjetita.

Se va por la puerta del foro, gruñendo.

BLANQUITA. ¡Jesús! Parece una perra. *Echa una ojeada a la sala.* ¡Ay...! El Señor me ayude en esta aventura. Que sí me ayudará; ¿por qué no? *Estremeciéndose de pronto.* ¡Ah! La muerte chiquita. Tengo el cuerpo cortado. ¡Ah... chís! ¡Ah... chís! ¡Vaya! Lo he pillado en el tren. Como siempre. Y se me pone la nariz lo mismo que una guinda. *Saca de su bolso una polverita y se blanquea la guinda graciosamente.* ¡Ajajá! Aquí sale otra vez la perra.

En efecto, vuelve Damiana por donde se marchó.

DAMIANA. Que tenga usted la bondad de sentarse.

BLANQUITA. Muchas gracias.

DAMIANA. Que viene en seguida.

BLANQUITA. Muchas gracias.

DAMIANA. ¿Usted es cómica, verdad?

BLANQUITA. Actriz; sí, señora.

DAMIANA. ¡Cómica!

BLANQUITA. ¡Actriz!

DAMIANA. Ya me dió el tufillo apenas entró.

BLANQUITA. ¿Cómo el tufillo?

DAMIANA. El tufillo, sí. Las cómicas huelen ustedes como no huele nadie.

BLANQUITA. Como no huele usted, desde luego, que huele a algarrobas.

DAMIANA. ¡Porque se puede! Siéntese usted y espere al amo.

Se marcha por la puerta de la derecha sin dejar de gruñir.

BLANQUITA. Pues, señor, siento no haber traído azúcar en el bolso. ¡Valiente mujer! ¡Primer premio en una exposición caninal! Y este caballero ¿me hará esperar aquí mucho rato? No, que ya llega. ¡Qué fino! *Se retoca ligeramente. Por la puerta del foro aparece en esto don Polión, señor amojamado, como sus parientes, y triste como la vejez de un jipijapa. Usa chaquet negro y babuchas amarillas. Parece un mirlo. Gasta en cosméticos una gran parte de su hacienda. Su hablar es recortado y pulcro; sus ademanes, afectadamente señoriles. Sè atusa con frecuencia el bigote, y cuando se turba, quiere disimular mirándose las guías y se pone bizco. La reverencia que le hace a la actriz es tal, que más que a saludarla creeríase que se inclina a coger algo que ha visto en el suelo.*

DON POLIÓN. ¿Señora... o señorita?

BLANQUITA. Señorita.

DON POLIÓN. Señorita...

BLANQUITA. Caballero...

DON POLIÓN. Por no hacerla esperar a usted, salgo en pantuflas. Usted me dispensará seguramente.

BLANQUITA. ¿Cómo no? Aparte de que son muy bonitas las pantuflas de usted.

DON POLIÓN. Bordadas por mi difunta esposa, que santa gloria haya.

BLANQUITA. Pues son un primor. ¡Si parecen dos relojas!

DON POLIÓN. Gracias. ¿Me hace usted la merced de sentarse?

BLANQUITA. Sí, señor. Y usted, ¿no se sienta?

DON POLIÓN. Me faltan seis minutos.

BLANQUITA. ¿Cómo? ¿Para qué?

DON POLIÓN. Para poder sentarme sin infringir la prescripción facultativa. He de permanecer de pie un cuarto de hora después del soconusco.

BLANQUITA. Pero ¿ahora se desayuna usted?

DON POLIÓN. No, señorita. Es que suelo tomar chocolate como fin y postre del almuerzo.

BLANQUITA. Ya. Entonces ¿he venido quizá a impedirle la siesta?

DON POLIÓN. En modo alguno. No duermo siesta más que los domingos.

BLANQUITA. ¿Por prescripción facultativa también?

DON POLIÓN. No, señorita; porque me levanto más temprano y me embarga el sueño después de la pitanza.

BLANQUITA. Ya. Pues... ¿usted, sin duda, se figurará a lo que yo vengo?

DON POLIÓN. Por el momento, señorita, a recrearme los ojos, que en este caso, como los de Segismundo, son hidrópicos.

BLANQUITA. ¡Oh...! No en balde pregonan la fama que es usted muy galante.

DON POLIÓN. Admiro la belleza siempre que la veo a la luz del sol, mal que pese a los que me llaman mochuelo.

BLANQUITA. Pero ¿le llaman a usted mochuelo?

DON POLIÓN. Menguada sátira de Casino, señorita. El proverbial ingenio castellano no da más de sí en esta desventurada ciudad de Arrabales.

BLANQUITA. ¡Vaya por Dios! *Estremeciéndose otra vez.* ¡Ah!

DON POLIÓN. ¿Qué es eso?

BLANQUITA. La muerte chiquita. Se me ha cortado el cuerpo en el tren. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Jesús!

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Jesús, María!

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Jesús, María y José!

BLANQUITA. Gracias. Siempre me constipo en los viajes. Con permiso. *Vuelve a sacar la polverita y a*

blanquearse la nariz. Esta nariz es mi condenación: se me pone como un tomate.

DON POLIÓN. ¡En el nombre del Padre, señorital! ¿Qué semejanza puede haber jamás entre su nariz de usted, de nieve y rosa, y ningún miembro de la familia de las solanáceas?

BLANQUITA. ¿Las solanáceas? ¿Qué familia es esa? ¿Es de aquí?

DON POLIÓN. ¡No! ¡Es la familia del tomate, precisamente!

BLANQUITA. ¡Aaaaah!

Se ríen los dos: ella, de él, espontáneamente, y él, del «quid pro quo», como si obedeciera a un resorte; y como por resorte también, se pone serio cuando cree que ya se ha reído lo justo.

DON POLIÓN. Se me disparó la hilaridad.

BLANQUITA. Es que ha tenido gracia.

DON POLIÓN. Bien, pues...

BLANQUITA. Sí, señor, sí; voy a decirle ya cuál es el objeto de mi visita, porque usted es persona de graves quehaceres, y sería en mí una gran imprudencia robarle mucho tiempo.

DON POLIÓN. Usted no roba: arroba.

BLANQUITA. Arroba; muy bien. Muchas gracias.

DON POLIÓN. No hay de qué, señorita. Disimule el juego de vocablos. Soy muy dado a tales equívocos. Tanto, que a veces me es forzoso recordarme a mí mismo los versos del clásico:

*Los equívocos se acaben;
sólo reinen los concetos.
¿Ha de estar la discreción
en que nos equivoquemos?*

BLANQUITA. Pues yo, señor barón de la Cuesta...

DON POLIÓN. Don Poli6n de la Gama; lo prefiero así.

BLANQUITA. Y a mí me da lo mismo. Pues yo, don Polión de la Gama, soy la primera actriz de la compañía cómico-dramática que pasado mañana debe inaugurar sus funciones en el teatro Principal.

DON POLIÓN. ¿La famosa Blanquita Revuelta?

BLANQUITA. Para servir a usted. Me han asegurado cuantas personas me quieren bien en Arrabales, que es usted aquí... —¿cómo lo diríamos?— algo a manera de un censor de teatros particular; que las señoras y las señoritas de esta población tienen por norma el juicio de usted para ir o no ir al teatro.

DON POLIÓN. Sí, sí... no puedo negar que algo influyo... Fían en mi gusto literario, en la rectitud de mi conciencia... y más que en nada, en mi inquebrantable moralidad.

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Jesús!

BLANQUITA. ¡Vaya si lo he cogido! Perfectamente bien, señor de la Gama. Estoy segura de que hemos de caminar de acuerdo. *Mirándolo con zalamería*. Sí. Tiene usted mucha bondad en los ojos. Además, es usted un caballero y yo soy una dama. No usará usted mucho rigor conmigo, ¿verdad? *Con coquetería*. No. ¿A que no? *Suspirando*. ¡Ay, cuánto le agradezco a usted esa sonrisal *Don Polión, un poco enternecido, se sienta al lado de ella*. ¿Han pasado ya los seis minutos?

DON POLIÓN. No lo sé; pero ¿qué más da minuto más o menos? *Se mira las guías*.

BLANQUITA. Yo, no le fuera a hacer a usted mal...

DON POLIÓN. No.

BLANQUITA. Vamos al grano entonces.

DON POLIÓN. ¿Al grano ha dicho usted? *Ergo* hay un grano. Presumo que nunca estuvo mejor empleada la frase. Vamos al grano.

BLANQUITA. ¿Ha leído usted la lista de mi repertorio y de mis estrenos?

DON POLIÓN. He leído la lista.

BLANQUITA. Y ¿qué le parece?

DON POLIÓN. Que será fuerza que empleemos el lápiz azul de vez en vez, principalmente en el capítulo de estrenos, uno de los cuales no puede pasar.

BLANQUITA. ¿Qué me dice usted?

DON POLIÓN. Lo que usted ha oído.

BLANQUITA. Y ¿cuál es ése, que no caigo...? ¿Acaso «La paz de la altura»?

DON POLIÓN. No.

BLANQUITA. ¿«Corazones muertos»?

DON POLIÓN. Tampoco.

BLANQUITA. ¿«El baile prohibido»?

DON POLIÓN. Menos aún. Me refiero, y ha debido usted adivinarlo desde el primer instante, a «La mala hierba».

BLANQUITA. *Consternadísima.* ¿A «La mala hierba»? ¿No le gusta a usted «La mala hierba»?

DON POLIÓN. Ni a mí ni a ninguna persona que se estime. ¡Esa comedia no se puede representar en Arrabales! Hoy lo dice el periódico. *Se levanta y pasea.*

BLANQUITA. *Suplicante.* ¡Señor don Polión...!

DON POLIÓN. Con todos los respetos debidos a la señorita y a la actriz.

BLANQUITA. Señor mío, nada ha podido usted decirme que más me desconcierte y aflija... Imagine usted que «La mala hierba» justamente es la base de este negocio.

DON POLIÓN. ¡Pues se viene abajo por su base! Y yo lo deploro muy mucho; pero se viene abajo. He aquí el *grano*, que yo temía que fuese maligno.

BLANQUITA. ¡Señor don Polión...!

DON POLIÓN. ¡Comedia torpe, en que se hace la apología del amor libre y disolutol

BLANQUITA. ¡No, señor ..!

DON POLIÓN. ¡Sí, señorita...! Yo la he visto en Madrid varias veces... y sé bien a qué carta quedarme.

BLANQUITA. Eso me habían contado, que usted la había visto ya en Madrid.. Por eso no temía...

DON POLIÓN. En Madrid el ambiente es otro.

BLANQUITA. ¡Pero usted es el mismol

DON POLIÓN. Sí...

BLANQUITA. Y también me habían dicho que había usted llevado a sus hijas.

DON POLIÓN. *Mirándose otra vez las guías, turbado.* Sí... Compromisos sociales... mallas del ambiente... Aparte de que era día de moda, y ya contaba yo con que se atendería muy poco a la comedia... Y como además la conocía de antemano, cuando venía algo vituperable les ofrecía a las muchachas un bombón para que, mientras le quitaban el papel de plata o paladeaban el dulce, pasase inadvertido el veneno de la comedia. Al día siguiente tuvieron un empacho.

BLANQUITA. Ya, ya. Esto no debiera sorprenderme. De más sé yo que todo el rigor de los moralistas se guarda para las pobrecitas comedias.

DON POLIÓN. ¿Qué quiere usted decir?

BLANQUITA. Que a los padres y a las madres del día no les importa que vean sus hijas las operetas más desvengonzadas, donde no hay límite a los atrevimientos de palabra y de acción—¡son operetas!—ni que vayan al cinematógrafo, donde ven *a lo peor* besos silenciosos de dos metros de cinta — ¡es el cine...! — Y le hago a usted gracia de los bailes de moda, en que de *espectadoras* pasan a ser *actrices*... ¿Me comprende usted?... Pero las comedias... ¡ahl ¡las

comedias!... ¡En las comedias hay que fijarse mucho; hay que hilar muy delgado!

DON POLIÓN. No quiero entrar en minuciosas discusiones, señorita... No divaguemos... El resultado es que no hay que pensar en que «La mala hierba» se represente en Arrabales.

BLANQUITA. *Suspirando, abatida.* ¡Ay, Dios mío de mi alma!

DON POLIÓN. ¿Qué es ello? ¿Qué significa ese suspiro?

BLANQUITA. ¿Qué ha de ser? ¿Qué ha de significar? ¡Que ha tronchado usted todas mis ilusiones en un momento! ¡Todas! Yo soy empresaria de compañía... «La mala hierba» es la obra de defensa que traigo, la única que puede excitar la curiosidad del público lo suficiente para reportarme algún beneficio. Yo, señor don Polión, no soy empresaria por recreo ni por vanidad: lo soy porque mi vida así lo quiere. El reinado de la mujer es tan efímero como el de la actriz; con las canas, que llegan, viene el desvío del público, el cansancio, el volver la espalda a la que fué la favorita, el herirla con la adoración de nombres nuevos... Y hay que saber no abandonarse, hay que cuidar los años de triunfo... y coger las flores que pródigamente nos ofrecen. De mi risa de actriz, además; de mi llanto, fingido o verdadero — que en la escena también se llora a veces—; de mis gritos, de mis gestos, ¡si viera usted cuánta gente vive...! ¡Si usted supiera a cuánta gente le da un pedazo de pan la pobrecita... la desdeñada cómica! *Se enjuga una lágrima.*

DON POLIÓN. ¿Llora usted, señorita?

BLANQUITA. No. Ha sido una lágrima imprudente.

DON POLIÓN. Una perla.

BLANQUITA. Déjese usted de perlas. Si yo llorase perlas...

DON POLIÓN. *Emocionado.* ¿Qué?

BLANQUITA. ¡Le pediría a usted que me diese un disgusto mucho mayor aún que el que acaba de darme!

DON POLIÓN. Señorita... el Fénix de los Ingenios ha dicho:

¡Que tanto puede una mujer que llora!

BLANQUITA. Pues yo, por las trazas, bien poco puedo.

DON POLIÓN. No tan poco, por vida mía.

BLANQUITA. *Animándose.* ¿De verdad?

DON POLIÓN. Gobernar es transigir, señorita. Vamos a ver si nos entendemos.

BLANQUITA. *Estremeciéndose de nuevo.* ¡Ah!

DON POLIÓN. ¿La muerte chiquita otra vez?

BLANQUITA. Otra vez; pero ahora de gusto. ¿Qué va usted a decirme?

DON POLIÓN. Que paso por que se represente en Arrabales «La mala hierba»...

BLANQUITA. ¿Sí?

DON POLIÓN. Un pcco de calma. Con una sola condición.

BLANQUITA. La que usted exija.

DON POLIÓN. ¡Arrancarle de raíz el acto segundo!

BLANQUITA. ¡Don Poli6n de mi alma, no me mate usted! ¡Si el acto segundo es la obra!

DON POLIÓN. ¡El acto segundo es intolerable! Compréndalo usted, señorita, compréndalo. ¡No hay en Arrabales bombones bastantes para dulcificarlo y hacerlo pasar!

BLANQUITA. Usted está ofuscado. Prefiero no representar la comedia. ¡Mire usted el acto segundo...! ¡Si tiene una escena que es preciosa!

DON POLIÓN. ¿Preciosa una escena de ese acto? ¡Dígame usted cuál!

BLANQUITA. La del coqueteo.

DON POLIÓN. ¡Cáscaras! Perdóneme usted estas cáscaras... No he sido dueño de mi expresión... Pero si quiere usted que tengamos la fiesta en paz, no hablemos de la escena del coqueteo.

BLANQUITA. ¿Por qué no? Yo he de convencer a usted de que no la recuerda. Allí lo que se dice es lo de menos; casi nadie lo oye. Y sobre todo, señor don Polión, ahora no es la empresaria ni la mujer la que le suplica, la que pretende persuadirlo: es la actriz. ¡Se trata del mayor triunfo de mi carrera artística!

DON POLIÓN. ¡Por amor de Dios!

BLANQUITA. Como se lo digo. Hago una labor tan personal en ese momento, tan expresiva, tan femenina... No tiene mérito ninguno, porque yo soy así. Mire usted: está el galán, tal como usted, en un extremo del escenario, y yo estoy en el otro. Ya sabe usted que ha habido entre los dos amantes una gran borrasca de celos y que la reconciliación es difícilísima. Bueno. Pues primero, sin mirarlo casi, lo llamo con un levísimo siseo: ssss... ssss... ssss.. El, instintivamente, riega con la cabeza, pero da un pasito hacia mí. *Don Polión lo da maquinalmente.* Luego vuelvo a llamarlo sin palabras, con la manita, como una chiquilla que quiere hacer las paces; así... El vuelve a negar... y a dar otro pasito. *Da otro don Polión a su vez, embelesado.* Después lo llamo con los ojos: los arrullo, los entorno, los mezco, los... los evaporo casi... y él entonces da dos pasitos más. *Los da don Polión.* En seguida sacudo ligeramente la cabecita y guiño a la vez el ojo izquierdo, como diciéndole: «¡Vamos, hombre! ¡Pelillos a la mar!» Y después le enseño este lunar del cuello, que es su locura; y después frunzo la boquita con mimo, cargando de razón el labio de abajo; y después... Bueno, después del frunce de la boquita está ya rendido

junto a mí... y se hunde a aplausos el teatro. *Don Polión, en el preciso momento, está como el galán de la obra, al lado de la picaresca Blanquita, hecho una jalea.*

DON POLIÓN. Y yo no discuto el fundamento justo de esa ovación. Pero no puedo menos de lamentar que emplee usted sus dotes artísticas en representar personajes de tan baja estofa.

BLANQUITA. De todo ha de haber en el arte... Además, don Polión, si la protagonista de «La mala hierba» es una infeliz...

DON POLIÓN. ¡Una infeliz!

BLANQUITA. Sí, señor. Y de sobra lo sabe usted, que tiene cara de haber sido cocinero antes que fraile.

DON POLIÓN. *Halagado.* ¿Yo?

BLANQUITA. Sí, señor, usted. Muchas mujeres malas .. luego resultan las más buenas.

DON POLIÓN. *Riendo a pesar suyo.* ¡Ja, ja, ja! Me ha hecho usted reír nuevamente... ¿Qué le pasa a usted?

A Blanquita le ronda la nariz un estornudo que no acierta con la salida, y pone una cara y hace unos visajes singularísimos, que cautivan más de lo que lo está a don Polión, hasta el punto de imitarlos sin darse cuenta.

BLANQUITA. El catarro pícaro.

DON POLIÓN. Pero ¿qué le pasa?

BLANQUITA. Nada, que...

DON POLIÓN. ¿Qué le pasa?

BLANQUITA. Nada, que... *Estornudando al cabo.*

¡Ah... chís! Quería quedarse dentro.

DON POLIÓN. ¡Jesús! No lo extraño.

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡María y José!

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Joaquín y Anal

BLANQUITA. Muchísimas gracias, don Poli6n. *Se decora la nariz por tercera vez.* En resumidas cuentas, amigo mío, que usted es muy bueno... y que no hay que tocarle al segundo acto.

DON POLIÓN. Señorita...

BLANQUITA. Vamos; desarrugue usted ya el entrecejo.

DON POLIÓN. Señorita... *Bajando la voz.* ¡Si es que yo me he cansado de repetir en Arrabales que antes moro que dar mi venia para el estreno de esa obra de Barrabás! ¡Considere usted mi compromiso!

BLANQUITA. No hay tal compromiso. Diga usted ahora que se han suprimido muchas frases... y hasta algunas escenas. Una mentirilla.

DON POLIÓN. No, eso no; por fuerza habrá que amputar algo. Echaremos abajo el acto tercero.

BLANQUITA. ¡Ave María Purísima! ¿Me va usted a tocar al tercero?

DON POLIÓN. ¿Otro triunfo de actriz?

BLANQUITA. No, señor; en el tercero no es de actriz. Ahí el triunfo—va usted a dispensarme la inmodestia—es de la mujer. Y no por mí, sino por el trajecito que saco. Hay que verme. Sin ser atrevido, ¿me comprende usted?—porque yo soy muy pudorosa vistiendo—tiene su granito de sal y pimienta. Y de canela y clavo. Y hasta su poquito de ajonjolí. Y...

DON POLIÓN. No más especias, señorita.

BLANQUITA. Verá usted. Es en la fiesta de los duques. Bueno, todo el traje es de fantasía. De mucha fantasía. Es una creación de mi modisto, que es *fantástico*. Sobre todo en las cuentas. El escote es muy original. Empieza aquí arriba del hombro izquierdo, y va bajando poquito a poco por aquí por aquí por aquí por aquí por aquí, hasta dar la vuelta a la espalda.

Tiene *ángel*. La manga derecha... en rigor no es manga; no son más que dos cintas negras de terciopelo cruzadas caprichosamente, y que se unen en la muñeca en un lazo. Es bonito. El brazo izquierdo va desnudo.

DON POLIÓN. ¡Y el derecho también!

BLANQUITA. No lleva más que una guirnardita de rosas muy tenues y muy chiquirrititas, que parece que no están... y que están. Hace fino. El cinturón... el cinturón es un poco oriental. Y me lo anudo de una manera... Bueno, no le digo a usted cómo me lo anudo para que se sorprenda luego. Oriental. La falda es de gasa finísima. Los zapatos son plateados, escotaditos, y con dos florecitas iguales a las del brazo izquierdo. Salgo de frente.. y un murmullo. Me vuelvo de perfil... y otro murmullo. Doy un paseíto.. ¡y eche usted murmullos! No les tema usted en este acto a las crudezas del lenguaje, porque nadie se entera de una palabra desde que salgo yo. Hue!gan los bombones.

Nos parece pueril detallar cómo ha escuchado don Poli6n la descripción del trajecito. El hecho es que, por toda respuesta, estornuda.

DON POLIÓN. ¡Ah... chís!

BLANQUITA. ¡Hola! ¿Se ha contagiado usted?

DON POLIÓN. Así parece. ¡Ah... chís! Sin duda el microbio del catarro...

BLANQUITA. ¿Quiere usted la borlita?

DON POLIÓN. ¡La borlita no va a quererme a mí...!

BLANQUITA. ¿Por qué no?

DON POLIÓN. Sobre que yo no soy presumido...

BLANQUITA. No; si yo no la llevo por presunción... Es que esto refresca y alivia.

DON POLIÓN. ¡Ah, ya! Si refresca y alivia...

BLANQUITA. Verá usted. *Saca la borlita, la sacude graciosamente, y antes de aplicársela a la berenjena que tiene por nariz don Poli6n, éste se estremece de gozo.*

DON POLIÓN. ¡Ah!

BLANQUITA. ¿Qué es eso?

DON POLIÓN. *Como quien dice una picardihuela.*
¡La muerte chiquita!

Sueltan los dos la carcajada.

BLANQUITA. ¡Ay, qué saladol! *Se polvorea con gracia la berenjena.* *Aspire usted, aspire usted...*

Don Poli6n, extasiado, aspira los polvitos medicinales. Sale la perra por la puerta del foro. Su se6or, al verla, se separa r6pidamente de Blanquita, con la nariz hecha un polvor6n.

DAMIANA. Se6or.

DON POLIÓN. *Mir6ndose una vez m6s las guías.*
¿Qué hay, Damiana?

DAMIANA. El se6or alcalde.

DON POLIÓN. *Poni6ndose del color de las babuchas.*
¡El se6or alcalde! Pues dile... dile...

BLANQUITA. Que no le diga nada, porque yo me retiro.

DON POLIÓN. ¿Ah, sÍ? En ese caso, Damiana, acompa6a tÚ a esta se6orita...

DAMIANA. SÍ, se6or, sÍ; aquÍ fuera aguardo. *Se va por la puerta de la derecha casi con el moquillo.*

DON POLIÓN. ¡Esto se complica, amiga mía! ¡El alcalde ahÍ! ¡Estoy comprometido con él! ¿Qué le digo?

BLANQUITA. *Sonriente.* Espere usted a ver lo que él le dice... Porque yo vengo ahora de visitarlo.

DON POLIÓN. ¿Eh?

BLANQUITA. ¡Y lo he convencido tambi6n!

DON POLIÓN. ¡Ah!

BLANQUITA. Y anoche estuve en casa del se6or cura párroco...

DON POLIÓN. ¿Eh?

BLANQUITA. ¡Y tambi6n cay6!

DON POLIÓN. ¡Ah!

BLANQUITA. Y como es tan aficionado al teatro y sus hábitos le vedan salir a la sala, me ha pedido que ponga en el escenario una sillita...

DON POLIÓN. ¡Oh!

BLANQUITA. De manera que...

DON POLIÓN. ¡De manera que no le queda a usted que hacer más que convencer asimismo a los directores de los periódicos!

BLANQUITA. *Muy bajito.* Los dos han ido esta mañana a verme a la fonda.

DON POLIÓN. ¿Eh?

BLANQUITA. Les escribí anoche.

DON POLIÓN. ¡Ah!

BLANQUITA. Y ahora voy a la Casa del Pueblo.

DON POLIÓN. ¡Oh!

*Junto al saber de una mujer astuta,
Cicerón y Pascal no saben nada...
y es fruta santa la vedada fruta...*

Hasta colaborar con el poeta me ha hecho usted!... *respidiéndose.* Encantadora Blanquita, somos amigos.

BLANQUITA. ¡Amiguísimos!

DON POLIÓN. ¡Amiguísimos!

BLANQUITA. Me voy muy agradecida y muy contenta.

DON POLIÓN. A los pies de usted... Damiana la acompañará... Discúlpeme.

BLANQUITA. Disculpado completamente.

DON POLIÓN. ¡Damiana!

Dentro se oye un gruñido.

BLANQUITA. Ahí está, sí, señor.

DON POLIÓN. A los pies de usted. *Se marcha por la puerta del foro con rubor hasta en las babuchas. Se tropieza, pero le falta el canto de un papel de fumar.*

BLANQUITA. *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja!

Vuelve a salir Damiana, que se acerca a Blanquita y le dice cautelosamente:

DAMIANA. Oiga usted; con licencia. Cuando eche usted esa función, a ver si guarda para mí dos entradas de arriba. ¡Sin que el señor se entere, por su puesto!

BLANQUITA. ¡Ya lo creo! ¡Cuenta usted con ellas!

DAMIANA. Muchas gracias. *Se va contentísima.*

BLANQUITA. ¡Está visto que ya no hay caracteres!

Al público:

Gané la voluntad de estos varones
sin más que una pueril zalamería...
Es difícil vencer las convicciones,
pero es fácil burlar la hipocresía.

FIN

Madrid, febrero, 1920.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrin o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—
El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de
muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Ro-
sita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A
quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—
Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—
Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento
de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de
Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevi-
lla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela
del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de
muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—
Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los ga-
leotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas
de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cor-
tadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profes-
so para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca His-
pania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo
sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de 30l, *Editea with introduction, no-
tes and vocabulary by S. Griswold Mortey, Ph. D. Assistant Pro-
fessor of Spanish, University of California. — Heath's Modern
Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER Y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Cain*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), por FRANZISKA BECKER y S. GRÄFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*), por MAURICE COINDREAU.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).—Malvaloca, por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caïel).

A Dama Branca (*Doña Clarines*), por ALBERTO DE MORAES.

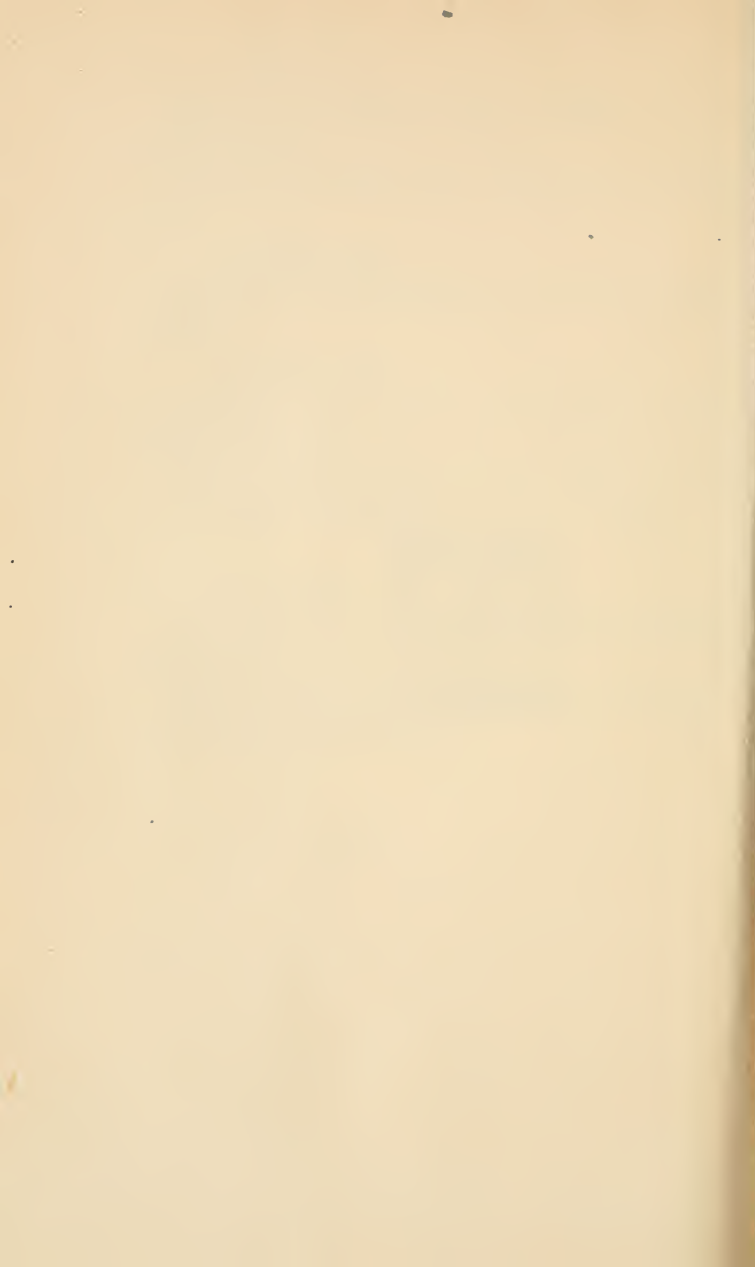
AL INGLÉS:

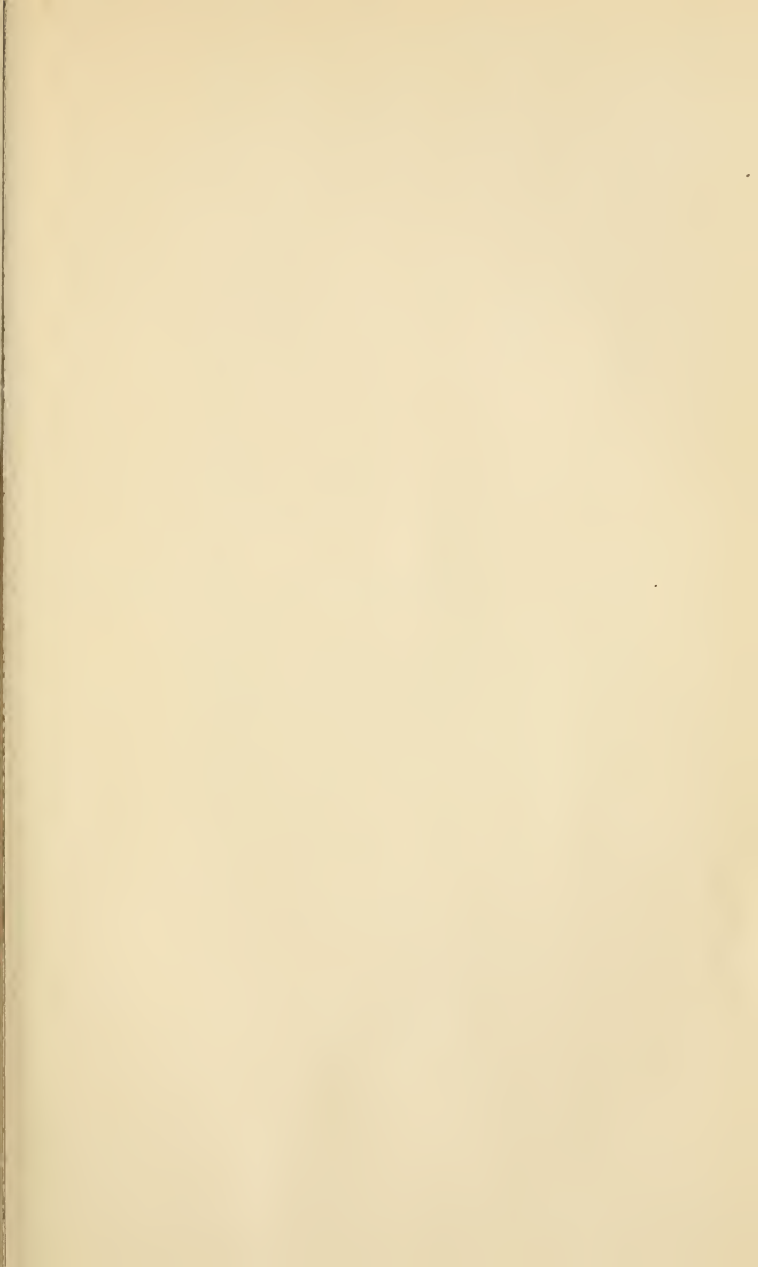
A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.







LIBRERÍA « FERNANDO FÉ »

PUERTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.19
no.1-12

